

## Homenaje al Dr. Agustín Alvarez

Pensador y educador argentino

DEL 25 DE JUNIO DE 1914

---

DISCURSO DEL DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Uníame á Agustín Alvarez un lazo de afecto é intimidad tan intenso, que nunca me resolví á verlo desde que sufrió su primer ataque cerebral. Dije entonces adiós á su inteligencia, como se despide uno para siempre del cometa cuya trayectoria sobrepasa los límites de nuestra vida. Y despedirse de su inteligencia era decidirse á no verlo más á él mismo. No he podido resistir jamás á este género de impresiones: la muerte del pensamiento de un hombre como éste, equivale á la extinción de un foco de luz y calor en la tierra, á un principio de muerte de las cosas.

El silencio suele ser mi duelo, mi actitud social, mi oración póstuma para los amigos y hermanos del corazón. Esta confidencia os explicará la razón de las reservas que hallaréis, acaso, en mis palabras; porque habría necesitado mucho más tiempo para haber podido serenar mis impresiones y atreverme á tocar con el escalpelo de la crítica la personalidad del compañero, cuyo consejo y solidaridad eran aliento, estímulo y sanción de actos realizados en empresas comunes.

Nuestro primer conocimiento se hizo en la redacción de un diario, y mi primera penetración de su alma é intelecto en las bancas de la Cámara de Diputados. En una descubrí la sencillez, sinceridad y modestia ingénitas de su persona toda, y en la segunda se reveló desde el primer día el vuelo de su talento, la magnífica armonía de su espíritu y la absoluta unidad que existía entre sus ideas, su conducta y sus formas y medios de expansión. Venía, como tantos otros argentinos ilustres habían venido, del interior de la provincia, á este temido misterio de la metrópoli—¡Buenos Aires!—que para unos suena como una promesa mágica de grandezas y fortunas, para otros como un monstruo terrible dispuesto á devorarlos si no caen en gracia á sus caprichos demoníacos. Era nece-

sario que el joven Sigfrido acometiese la ardua misión con la espada consagrada: él la traía al cinto unguida con esta doble cifra: «talento», «valor».

Y no se necesita más. Recuerdo su primer discurso, recibido, como siempre, con la curiosidad sonriente del que se prepara al goce de una caída. Pero desde luego se advirtió en el tono confiado, irónico y desparpajado del orador, que no traía miedo bajo la cota de malla, y en cambio venía henchido de «cosas por decir» y de resolución para afrontarlas. Mi mano fué una de las primeras en estrechar la suya. Nuestras manos no se han separado nunca más, sino cuando la muerte lo ha querido; pero la corriente afectiva é intelectual comunicada entonces no se ha interrumpido por eso, gracias á que ya no se necesita de conductores para mantenerla, como no es necesaria la vida material de los cuerpos para continuar hasta la eternidad la vida inmaterial de los espíritus.

No hablábamos nunca de nosotros mismos; nos entendíamos sin vacilar, y sí sólo por el interés patriótico ó humano de la acción. Jamás hemos dicho: «vamos á discutir», sino «vamos á hacer». Lo que divide á los hombres en la vida, no es tanto la diferencia de los principicios, como la vacilación ó el temor inconfesado para afrontar los hechos; y sólo una grande abnegación, — que la amistad ó el amor, y nada más, son capaces de engendrar, — puede inspirar las renunciaciones heroicas de la propia vanidad, ambición ó interés, para fundirlos en la masa del bien colectivo. Por eso la vocación definitiva de los grandes caracteres suele ser la de filantropía suprema, de la educación, la prédica, el apostolado de las ideas. Una cultura superior conduce siempre á estas cumbres, desde las cuales se divisan los vastos horizontes y se miden en su valor comparativo los conjuntos de los hombres y las cosas. Y Alvarez había nacido con esa impulsión de altura, con esa fiebre de saber, que fué la definición del período medio de su vida, en cuya culminación le halló su postrera hora.

Tuvo, en cierto modo, la ventura singular de Lincoln, de haber entrado en el mundo de las ideas, después de haber recorrido un buen tramo del camino de la experiencia. Así puede decirse de él que vino á este mundo «con los ojos abiertos», y pudo ahorrarse así el largo período de la ceguera inicial, en el que tantos pierden la facultad de ver, á fuerza de pruebas, de tutores, de guías y de ayes mentales, que no saben ellos mismos hacia donde va la senda. La mayor parte de los prejuicios y errores convertidos en carne de la carne de las generaciones humanas, procede de esta época inconsciente y plasmática de la primera edad; durante su transcurso todas las supersticiones entran á constituir la vida mental al amparo de la excitabilidad imaginativa, que crea sus sombríos fantasmas y terrores, los cuales conducen al sujeto hasta la muerte, á través de todas sus vicisitudes y luchas, triunfos y derrotas, y ocupan en su conciencia el campo que disputan á las verdades científicas, á las creaciones luminosas del genio.

Como nuestro amigo entrara en el mundo de las ideas y de las instituciones «con los ojos abiertos», pudo elegir el mejor camino

esto es, elegir su propio camino, con plena conciencia de los factores del problema; eligió por sus propios ojos, porque pudo ver con ellos todas las sombras ambientales, todos los peligros de la selva, todos los obstáculos de la montaña. Su vida, desde entonces, fué una ascensión continua: semejante á los antiguos filósofos neoplatónicos, que antes de consagrarse al mundo dedicaban largos años á la contemplación de las verdades profundas, Alvarez tuvo su período de prueba experimental, — que es contemplación inconsciente de las realidades de la existencia, — y supo, desde el comienzo, que debía andar con sus propios pies y guiarse con sus propios ojos.

Su vida anterior de soldado, en contacto constante con el alma ruda de nuestro pueblo, con la más ruda naturaleza de nuestro país despoblado, y acaso con el aun más rudo estado mental de nuestra democracia improvisada, fué su clínica y su honda prueba lustral. Pudo ver y conocer de frente al enemigo tradicional y soberbio de todo progreso y de toda liberación, la omnimoda Ignorancia, dueña de todo un continente y de todo un enjambre de instituciones construidas sobre cimientos seculares. La vocación estaba hecha, el voto pronunciado, y su tipo de pensador y escritor definitivamente fundido en bronce imperecedero. Empezó entonces una «vida consagrada» á un ideal, y así pudo nuestra patria aumentar con un nuevo punto brillante el firmamento intelectual contemporáneo.

Leyó, estudió, investigó sin reposo en las mejores fuentes del pensamiento moderno, buscando por deducción «a contrario» las mejores aguas para curar los males antiguos de nuestra sociabilidad. Nunca podrá encontrarse una conciencia más amplia, un cauce más hondo ni más vasto para contener las ideas; y así no tardó en emprender su viaje intelectual sobre la majestuosa corriente, que un genio oculto, — el de la libertad moral y el amor de la ciencia, — cuidaba y resguardaba contra escollos reales y diablos imaginarios. A su rica levadura nativa de criollo montañés, vino á unirse para realizar una creación fecundísima, la savia de todas las altas influencias espirituales, de la literatura filosófica y científica, de los civilizadores de las mejores razas y realizó así la *selección* de su propia intelectualidad, y fundió un carácter y un tipo moral inconfundible.

La lectura de los pensadores determinó su procedimiento mental; el respeto por la ciencia le evitó siempre caer en la abstracción absoluta; la experiencia personal del peligro de la ignorancia y el perjuicio en su propio medio, le infundió la certeza, el valor y la impulsión del sacrificio para combatir por la verdad y con la verdad de su criterio; y como escritor, fundiéronse á maravilla en su espíritu nativo, rico en levadura germinadora, el humorismo sajón, las fórmulas concretas de la experiencia, los giros novedosos de la selección literaria y la opulencia del propio lenguaje, desbordado de sus cauces académicos por el exceso de limo de que venían preñadas sus aguas. Sin exagerar comparaciones, y siempre dentro de la discreta relatividad de todas las cosas, puede decirse que al

leer sus conversaciones,— dispersas en una docena de volúmenes, tan discretos como su propia cultura,— se evoca á veces la compañía ideal de los que se llaman Emerson, Ruskin, Huxley, Carlisle, Harrison, Lubock, Lecky y tantos otros, entre quienes asoman también rostros conocidos de más cerca, de Sarmiento, de Alberdi, de Vélez Sarsfield... los que atacaron recio el prejuicio moral é intelectual de todos los tiempos, los que entre nosotros enseñaron á luchar, á criticar, á sonreír, sin miedo al ridículo, á la persecución, ni á la erudición pegadiza de la ignorancia togada.

El comercio con los grandes espíritus había producido en Alvarez una curiosa evolución. Si, por una parte, notábase en él un acaso demasiada sujeción á los postulados y fórmulas tomados en sus libros, por otra y la más valiosa para él, se advirtió en seguida su influencia educadora y modeladora de su intelecto y carácter, al punto de que si alguna definición parece exacta de su personalidad, es la que le llamase «flor de selección» obtenida por el estudio. Selección es de depuración, y en cierto dominio es idealización; y si hemos de llevar más arriba las deducciones, diremos también que el último precipitado de la selección es la virtud. Y Alvarez llegó por su camino á donde puede llegarse por nuestro medio intelectual y moral, á ser un tipo de virtud humana y civil.

Fué un filántropo en la más acabada de sus aplicaciones: enseñar el camino de la perfección á los que andan por el mundo á tientas y á ciegas, y enseñárselo con toda su alma, su consagración y renuncia de sí mismo. Llegó por selección intelectual, á crearse un mundo suficiente para llenar su vida entera de actividad y de trabajo; á creer en que la mayor gloria y el mejor empleo de la vida misma, es el culto y lucha por un ideal benéfico á los demás hombres, y á los que viven en su medio inmediato; y así, ni la política, ni la fortuna, ni nada de esa enervante «vanity fair», que á tantos precipita en el vértigo, pudieron perturbar un momento su serenidad platónica. Pudo de esa manera, inviolable al rebote del proyectil, decir y proclamar en su estilo y en su forma característicos, todos los vicios, defectos, errores, prejuicios, faltas, ridiculeces, taras y miserias que eran nuestro pasivo, y señaló la vía para adquirir los bienes saneados y limpios para compensarlos y superarlos con usura.

Se le ha censurado que diese al factor religioso más valor efectivo del que tiene en nuestra vida nacional, y aun se ha juzgado una prueba de mal gusto su insistencia sobre tal preocupación de su espíritu. Nada hay más complejo que este aspecto de su crítica, en un medio como éste, hecho á base de religión, y de una religión absorbente y absoluta, que en diez y ocho siglos de dominación ha penetrado en todos los tejidos vivos de la humanidad. El ha visto el problema nacional en su faz verdadera; ha hallado la fuente de los males, y se dedicó á depurar sus aguas, en su origen, en sus cauces, en sus aplicaciones, en todos los sitios donde llegan y labran sus reacciones propias. La crítica podrá herir y asirse á sus medios, á sus procedimientos de combate, pero no puede vulnerar su juicio sobre el fondo del problema.

El factor religioso, tomado en su faz histórica, actual y futura, es el más grave de la República Argentina, porque afecta lo más esencial de su vida, su educación, y por lo tanto, su porvenir. No desconoció, sin duda, su valor como fuerza dinámica en el proceso directivo de las muchedumbres y de los pueblos, aun en un grado relativo de civilización; pero penetrado del espíritu científico, aunque no de las ciencias mismas, sabía cuánto aquel elemento pesa en contra del progreso de las verdades científicas, ó sea del verdadero progreso general de la humanidad. Bastaría su propensión á convertir en fórmulas absolutas é inmutables sus propias creaciones imaginativas, y sus construcciones metafísicas del mundo como de todos sus fenómenos, para que se deduzca hasta qué punto él es contrario al ideal de perfeccionamiento colectivo. Nacido en esencia, del contacto de la filosofía idealista y progresiva de la India antigua con el depurado platonismo helénico del ciclo de transición, el cristianismo pudo acaso mantener puras y difundir por el mundo las verdades incontaminadas que conducían á los espíritus selectos, y á los pueblos bajo su influencia, á conceptos ideales comunes; pero al convertirse en poder y organismo material, y al crear, por consecuencia, un orden económico y burocrático, abandona para siempre tal vez su primitivo cauce, para no ser sino una potencia convencional que lucha para mantener y ensanchar su imperio, asentado sobre cimientos de postulados dogmáticos, inmutables, arraigados en la capa variable de la credulidad humana, y cuyo espesor va disminuyendo á medida que el espíritu científico y filosófico unidos, van avanzando en la conciencia del mundo.

Sabe esa religión desde hace muchos siglos, cuál es el secreto de su fuerza, y trata de conservarlo en lucha abierta con las fuerzas contrarias de la ciencia y de las verdades positivas. Pero ésta no lleva todavía la mejor parte, porque el artificio humano ha llegado á crear la dualidad acomodaticia de la ciencia y de la religión, á cuyo amparo la cobardía moral permite la coexistencia del hombre de ciencia y del creyente en íntima comunión de ganancias. Entre tanto la humanidad libre sigue día tras día asistiendo al descubrimiento de nuevas verdades, y á la más comprensiva de todas, expuesta en un libro reciente, de que «no hay ya verdades definitivas para el hombre como no hay seres definitivos en la naturaleza»; pero la «ciencia» teológica sigue sosteniendo sus afirmaciones iniciales, aún por medio de los mismos métodos de la ciencia positiva: sólo que, al llegar á la interpretación filosófica y moral de sus resultados, ella los deriva hacia la confirmación de sus postulados dogmáticos.

Todo en el orden científico se mueve y evoluciona: la investigación del laboratorio contemporáneo en la biología, en la química, en la física y en la psíquica, ha llegado á desvanecer multiseculares «verdades», y á entrever revelaciones tenidas por ultracientíficas, como las que fueron objeto principal de atención de las dos últimas sesiones de la «Asociación Británica» de ciencias, sobre el origen de la vida y sobre la «ultravida». Para el sabio

existe ya el ultramicroscopio y el ultratelescopio, con los cuales sondea el mundo infinito de lo pequeño y de lo grande, y á medida que acrecienta su poder de penetración, aumentan sus revelaciones de principios y de fuerzas antes ignoradas y divinizadas. Solo la Sacra Teología pretende permanecer inmutable, asumiendo el papel de Dios creado por ella misma, y hasta aspira á mantener la inmutabilidad de las interpretaciones de los antiguos dogmas científicos, á pesar de que en sus propias escuelas se enseña que la tierra gira alrededor del sol, y de que el continente donde más beneficios obtuvo su doctrina fué en aquel cuya existencia negaron sus teólogos, sus doctores. Así como la ciencia experimental remueve el pasado infinitesimal del universo con la vida de la célula primitiva, y se encamina hacia la comprensión del futuro por la penetración de la química estelar y el sondaje del espacio, la Teología está obligada á aplicar sus ultramicroscopios y telescopios metafísicos para revelarnos qué pensamiento ocupaba la mente de su Dios antropomorfo antes del que improvisó el mundo, y cuál será su ocupación mental después que ordene la destrucción de lo creado. Es que mientras la religión no vuelva á las puras fuentes filosóficas de donde ha salido, penetrada de la idealidad índica y helénica que, con tan sutil y dulce perfume transpira en algunos pasajes de San Agustín y San Juan Crisóstomo, — para no referirme al Evangelio mismo, — no espere ganar terreno ni espacio en el mundo de las cosas ni de las ideas; ni sus Iglesias, ó poderes visibles, pueden aspirar á recobrar parte de su imperio perdido en la conciencia contemporánea, mientras no admitan en su exegética y hermenéutica bíblicas, el principio de la evolución que domina en todo el Universo, y que hizo ya pensar á uno de los últimos pontífices políticos, en la conveniencia de tal reforma, la cual le prometía, no sólo la absorción de todas las naciones dominadas por la ortodoxia oriental y el anglicanismo occidental, sino un inmenso avance en el espíritu liberal del mundo entero, por la conciliación, siempre grata al reposo de la conciencia y de la vida.

Alvarez había recorrido con paso meditado y oído atento el largo camino de esos ejércitos, en lucha permanente de conquista del mundo espiritual. Se revelan en sus páginas vibrantes las impresiones de sus horrores y de las miserias á donde precipita á los hombres el culto y la ciega obediencia á los dogmas absolutos y á los poderes terrenales divinizados por la ignorancia; ha entrevisto la decadencia del espíritu y el debilitamiento de la conciencia humana, por la continua sumisión á las voluntades omnímodas de dioses de carne y hueso, y apetitos y degeneraciones múltiples; ha comprendido cuánto han labrado el alma de nuestra América y de nuestras jóvenes nacionalidades, los terrores, las sombras, los demonios y las fealdades en que, por odio exagerado á la belleza antigua, precipitaron á la humanidad cristiana, apartándola de esa serena conciliación, que habría resultado, al menos por muchos siglos, entre el concepto ideal de su belleza neoplatónica con la emoción, la unción y la gracia que destilan los

más altos conceptos de Jesús, relacionados con la vida y la felicidad; advierte con vigor intenso de concepto y de frase, el criminal abandono de la cultura científica de la inmensa población de América, que había de ser cuna de futuras naciones, encendiendo «velas á los santos para que vean á quienes deben hacer milagros, y no encienden luces en la inteligencia de los niños para alumbrarles el camino de la existencia»; los mismos, pues que en sus casas, escuelas y doctrinas, y en su permanente escuela de gobierno colonial, no hicieron más que adiestrar el asno para la servidumbre y la carga, y no desasnarlo para el ejercicio futuro del trabajo propio y de la libertad civil y moral; y esto en nombre de la misma promesa del Evangelio que anunció á los hombres la libertad por la verdad, esto es, por la ciencia, y cuyo recuerdo arranca á Alvarez palabras de una vibración intensa, al decir que «la literatura universal no conoce un documento que sea una protesta más elocuente y conmovedora, por más radical, profunda y definida, que el Sermón de la Montaña, contra las iniquidades sociales, resultantes de los modos de ser, de ver y de sentir de la época». . . Sólo la constitución y política de la Iglesia permanece inmutable, con el escollo en medio de la corriente, pretendiendo todavía, no sólo desviarla, dividirla y amenguarla, sino hacerla retrogradar hacia su origen.

Explícate así como el espíritu de Agustín Alvarez pudiera aparecer apasionado hasta el desequilibrio, en la lucha contra ese obstáculo del progreso y la selección del alma humana. Y aunque pudiera justificarse el reproche en presencia de su último período de combate, basta observar que la violencia ó tenacidad del ataque no significarían que el adversario era menos digno de combate, sino que la ansiedad por ver lucir el día de la libertad, había exaltado la pasión de los combatientes. Entre tanto, mucha exaltación existe también en el campo contrario, cuando se le censura por apasionado y obcecado en su lucha contra el clericalismo en su afán de propaganda. Durante ocho años ha enseñado y ha gobernado en una joven universidad argentina; y yo que lo he visto puedo asegurar que nunca abusó de su influencia ni de su inviolabilidad magistral para luchar en desventaja de su adversario; y es, por el contrario, digno de señalar aquí, como uno de sus rasgos más interesantes, que su estadio de pelea fué siempre la cátedra libre de la prensa, de la tribuna científica, del parlamento ó el libro, y jamás pretendió hacer tragar, aún á los más débiles, sus opiniones ó sus juicios, ni por el temor á la sanción oficial, ni por el pretendido y desacreditado argumento de autoridad que aun algunos profesores se atribuyen desde sus cátedras. Esto estaba en su modo de ser, leal y valiente, pues como un San Pablo del liberalismo científico moderno, nunca olvidó durante el noble apostolado ideal, que había sido y era soldado del ejército de su patria.

El tipo y carácter de su ilustración y cultura, dije antes, le habían llevado por selección hacia la virtud. Y en efecto, era un ejemplo de las más altas virtudes que levantan el nivel humano.

Fué un educador público y privado, un «educador» en toda la amplitud del concepto, en la calle y en el hogar, en la cátedra y en la acción; y sus libros, discursos y participaciones en todo el movimiento social de su tiempo, lo muestran de cuerpo entero entregado á su misión, la más noble que puede adoptar un hombre culto en la sociedad contemporánea. Tenía de ella la modestia más sólida y diáfana que puede encontrarse en la vida, la cual se revelaba en el olvido sincero de su interés, su vanidad ó su gloria; en la disposición siempre activa y lista para cooperar con los demás en la obra conveniente á todos; en su ingénita inclinación á admirar, á estimular, á tolerar las condiciones de sus semejantes, amigos y compatriotas; en la a veces cruel indiferencia por su propia labor intelectual, y acaso por ese sentimiento llenaba de citas y referencias autorizadas sus escritos, conferencias y discursos; en la bondad con que acogía todo pedido de ayuda para cualquier iniciativa ajena, en este medio social donde la palabra «iniciativa» es tea de discordia y ariete de guerra; en suma, en la viva antítesis que presentaba con el común de las gentes de nuestros medios educados, quienes parecen hacer un culto de la diosa «Dificultad», mientras que él adoraba la contraria diosa «Facilidad». Los primeros son todos esos que tienen algún interés en ocultar su ignorancia, impidiendo á todo el mundo penetrar en su santuario; mientras que los segundos se complacen en manifestar su deseo de saber, y dejan entrar á todos con la esperanza de que algo han de aprender de bueno, porque todos tenemos siempre algo que enseñar á los demás.

No es mi propósito hablar de sus libros y escritos. Sería esta una tarea crítica superior á las proporciones de un acto como éste. Era yo y soy uno de sus amigos más entrañables, uno de sus compañeros de labor y de ideales respecto de nuestro pueblo y de nuestro tiempo, y sólo quería hablaros del hombre y de alguna de sus cualidades dominantes, y cómo fijar en el mapa intelectual contemporáneo, el punto de la constelación donde ha de brillar su estrella por la sucesión de los tiempos. Pero es forzoso decir que ningún escritor argentino, dentro de la marcha progresiva de sus ideas, ha mantenido una lógica, una cohesión, una hilación más homogénea y armónica de pensamiento y rumbo directivo, y que supo colocarse en la zona media evolutiva, esto es, entre la de aquéllos «que no cambian nunca de opinión», petrificados en la imbecilidad, y los que cambian siempre de opinión, difundidos en la insensatez o en la locura.

Bien, señores: no sé si he logrado trazar de nuestro ilustre amigo un retrato tolerable. Dentro de la modestia y sincera dedicación de su vida á un ideal noble y elevado, según la ejemplar definición de Lord Haldane, y dentro de la tendencia científica moderna de clasificación del «grande hombre», podemos asegurar que los argentinos hemos perdido uno de nuestros grandes hombres, con la súbita, la inesperada, la cruel, la injustificable desaparición del doctor Agustín Alvarez, de este mundo que fué para él teatro de estudio, escuela de educación, hogar de los más puros y

altos sentimientos que ennoblecen la vida, cátedra de los más bellos y nítidos pensamientos sobre la felicidad y el bienestar de sus hermanos — los hombres todos, — y campo de acción de la más alta y pura filantropía: no la que da la moneda deprimente de la limosna, sino la que transmite al prójimo, al amigo, al suyo propio de su sangre y sus huesos, la ayuda suprema de su idea, de su saber, de su amor y la esencia y luz de sí mismo para asimilarlo á sí mismo en una suprema exaltación de darse y difundirse en el alma de los demás.

Estos son los verdaderos grandes hombres; y no es necesario que vivan un siglo, ni llenen una época con su predicación, su enseñanza ó su acción: bástales echar una semilla en el surco, lanzar un resplandor de su luz interior, comunicar un efusivo apretón de manos ó un fugitivo abrazo de amistad, para que su personalidad quede para siempre grabada en la memoria de los hombres, y para que la natural germinación de las ideas y de las virtudes perpetúe por toda una eternidad su paso por la vida. Estos son los verdaderos simbolizados por la luminosa fábula del ave Fénix de los griegos, — anuncio vago de la doctrina de la resurrección perpetua de las cosas y de los seres, — según la cual este pájaro sobrenatural, antes de morir reúne los ramos perfumados de la selva, forma con ellos su nido, lo enciende, y de sus llamas surge un nuevo Fénix, más joven y deslumbrante que el extinto. Y el fabulista medioeval agrega: «así el varón justo, reuniendo en un haz todas sus virtudes y buenas acciones, debe concluir en medio de ellas su vida mortal, para renacer á otra feliz é imperecedera». Los que le hemos conocido, amado y sentido la confortante influencia de su sano y vigoroso espíritu y co-razón, y todos cuantos hayan recibido de cerca ó de lejos la comunicación de su alma por su palabra ó sus libros, contemplarán conmigo en este momento de póstuma recordación, la nueva personalidad inmortal de Agustín Alvarez, en vuelo franco y dominando hacia la gloria verdadera, conquistada por la labor de la idea, y labrada en el corazón de sus contemporáneos, por la suma de sus virtudes, acrisoladas en la lucha y en el amor de sus semejantes y de su Patria.